



SANCHO PANZA.

REVISTA SATIRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio Maria.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofrin y Sagrera don Eleuterio.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Mejias y Escassy don Luis.—Navarrete don José de.—Pongilioni don Aristides.—Pereira don José.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Redondo don Antonio.—Ramirez don Javier.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

ENTRE LAS ESPIRALES DE MI CIGARRO.

RECUERDOS Y ESPERANZAS.

I.

No sé que tiene el alma que nunca vive del presente.

El pasado y el porvenir, hé aquí su atmósfera habitual.

¡Qué sería del hombre sin esperanzas!

¡Qué sería el hombre sin recuerdos!

Nada.

La dicha sería una mentira.

¡Qué falaz es la dicha!

Nunca la constituye la realidad, ó un recuerdo ó una esperanza, tal es el placer.

Y es que la felicidad como todos los sentimientos, para que lo sean, tienen que ser vagos.

El placer circunscrito no es placer.

Encerrada el alma dentro de la realidad, decidla de esto gozarás, este es tu horizonte y la habreis matado. El alma necesita mas espacio, necesita CREARSE ilusiones y CREERSE que no lo son.

Matar las ilusiones de los primeros años, haced viejo á un jóven y lo habreis hecho desgraciado.

Bien ha dicho Garcia Gutierrez:

«Mal haya la experiencia
que moderando la expansion del alma,
puede hacernos dudar de la inocencia.»

Jamás he podido comprender lo que se proponen algunos hombres que han dado en llamarse pensadores, y que quieren medir por un nivel todas las edades.

Dad á un jóven la experiencia de un viejo, dad á un viejo las pasiones de un jóven y habreis hecho dos seres inútiles.

«Si juventud supiese, si vejez pudiese»...

Bien ha hecho el autor de este refran en terminarl con puntos suspensivos, tal vez si ehubiese acabado de

expresar su pensamiento ó se hubiera contradicho ó hubiera dicho una herejía.

Porque desgraciadamente la experiencia, el desengaño y la desesperación vienen juntas.

Dad experiencia á los corazones de veinte años y los habreis hecho malos.

Ya que el mundo es tan negro, dejadnos al menos que lo veamos color de rosa.

II.

Los filósofos han sido siempre unos desgraciados porque jamás han poseído una ilusión.

Verdad es que en buenos principios de razón todas las ilusiones son tontas.

Todo lo que sea decir lo que se siente, reirse cuando se tiene gana ó hacer lo que á uno le parece, es, entre nosotros, lo que se llama hacer el tonto.

No hay nada mas perjudicial que pensar en voz alta.

Y hay una época en la vida en que todos lo hacemos.

Empeñarse en borrar esta faz de la vida del hombre sería un absurdo.

Y sin embargo hay otra edad que se empeña en borrarla.

Respetémosles ya que ellos no quieren respetarnos.

Se necesita estar ciego para no conocer, de una manera terminante, que el hombre lo mismo en el mundo físico que en el mundo moral está sujeto á leyes de las que no puede prescindir.

En los primeros años todos tenemos ilusiones, mas tarde todos las perdemos, de viejos todos somos egoistas.

Y no es esto lo triste, lo horroroso que hay en esta cuestión, es que los viejos no se acuerdan de que han sido jóvenes, ni los jóvenes en que han de ser viejos.

Para los primeros sus TIEMPOS han sido los mejores; en sus TIEMPOS la juventud era otra cosa.

Para los segundos los tiempos, de los primeros, son casi mitológicos.

Sin embargo, yo no sé que tiene la juventud que el hombre la ama siempre.

Cuando la nieve de las canas y el hielo de los desengaños han petrificado el corazón por dentro y han blanqueado la cabeza por fuera, el hombre se acuerda siempre con placer de sus TIEMPOS, de esos tiempos que son su vida, su amor, sus ilusiones (esas estúpidas ilusiones que hoy tanto desprecia) sus recuerdos en fin.

Quitad á los viejos los recuerdos, á los jóvenes las esperanzas, fundid los desengaños de los unos, con las ilusiones de los otros y habreis producido una humanidad ridícula.

No lo dudeis, RECUERDOS Y ESPERANZAS, hé aquí la vida.

Juan Valero de Tornos.

Escorial 21 de Julio de 1864.

NO HAY CORAZON SIN AMOR.

BALADA.

Solitario en hondo valle
un rojo clavel se abría:
los campos de Alejandría
no vieron tan linda flor.
Su tallo flexible y verde
limpia frente acariciaba,
y si el áura suspiraba,
suspiraba por su amor.

Allí al despuntar la aurora

iba con ligera huella

una niña blanca y bella

que le adoraba también.

Sus tersas hojas besaba,

su grata esencia bebía,

luz y encanto le decía,

gala hermosa del Eden.

Y humedeciendo su mano

en el agua trasparente,

gota á gota dulcemente

rociaba su clavel.

Y si místico le veía

triste la niña lloraba,

al verle morir, pensaba

que moriría con él.

Mas vino el ardiente estío,

dobló su corola roja,

volaron hoja tras hoja

y se marchitó la flor.

La niña llora su pena,

llora, y aun llorar no sabe;

mas tuvo despues una ave,

Y el ave rindió su amor.

Era una casta paloma,

mas blanca que las espumas,

siempre batiendo sus plumas

con arrullo desigual.

Que entre las ramas del bosque

el nido amigo tenia,

y al nido volar queria

su ternura maternal.

Vuela, mi paloma, vuela,

dijo la niña piadosa,

tiende el ala presurosa

por el firmamento azul.

Vé á tu nido, y cuando arrulles

sobre la rama querida,

dí que un alma dolorida

llora por que cantes tú.

Y adoró la niña luego

al rojo sol de verano,

eual monarca soberano

entre nubes de zafir.

Y del desmayado otoño

los lánguidos resplandores;

que se abrasaba de amores

su corazón juvenil.

Corazón sensible y lleno

de tierna melancolía,

azucena que se abría

para derramar su olor.

Vaso de mirra preciosa,

claro y virginal lucero,

de brillo imperecedero,

de purísimo color.

Ella puso el fiel tesoro

de su amor nunca manchado,
ante el altar consagrado
de la mística Salen.
Vistió de la casta Virgen
la túnica misteriosa,
y fué de Jesus esposa,
y solo vivió por él.

Siempre en él su pensamiento
y en los lábios la plegaria,
de la celda solitaria
nunca traspasó el umbral.
Mil conciertos deliciosos
allí escuchó embebecida;
de la fuente de la vida
bebió copioso raudal.

Y cuando en vejez serena
sus cabellos blanquearon,
y su rostro marchitaron
los años con su rigor...
Si al cielo alzaba los ojos
para aliviar sus dolores,
NO HAY CORAZON SIN AMORES,
clamaba, TODO ES AMOR.

Sevilla.

Narciso Campillo.

FÁBULAS ASCÉTICAS,

en verso castellano y en variedad de metros,
por don Cayetano Fernandez, de la Congre-
gacion del Oratorio, y de la Real Aca-
demia de Buenas Letras de Sevilla.

III.

En esta ciudad hay varios escritores de este género, cuyas obras producen saludable enseñanza en el espíritu. Ahí están las novelas de los señores Gulchot y Benisia y varias del señor Velazquez y Sanchez, ahí, sobre todo, las de nuestro incomparable Fernan Caballero. Tan admirable para la pintura de sitios y lugares, como para los rasgos del cuerpo y los del alma, es un prodigio en todos aquellos que se refieren á la hermosura y grandeza de la última. Nadie, á escepcion de Cervantes mostró tan perfecto el raro don de desentrañar los móviles del corazón humano; nadie como él, confortarle por la fé y la resignacion en las miserias de la vida, y detenerle en sus malos ímpetus, por el ejercicio de las virtudes y la esperanza de una recompensa celestial.

¿Y qué diremos de la Fabiola del Cardenal Wiseman, también hijo esclarecido de Sevilla? ¿Dónde hallar caracteres tan magistralmente pintados como el de Inés, San Sebastian, Fabiola, y Mirian su esclava? Cándido lirió la primera, como él despidiendo suavísima fragancia por su hermosura, su inocencia, sus virtudes y su fortaleza sublime para el martirio: de levantado y heróico aliento el segundo, pero insinuante y apacible en su trato, y al par con esa energia incontrastable en el camino del bien, que resiste lo mismo á las seducciones que á las amenazas y la muerte: tan noble y atractiva en el error como dulce y encantadora cuando abre los ojos á la luz de la fé, Fabiola es uno de esos personajes que asombran por su colosal grandeza, y á quien viene á servir de esmalte la virtud casi divina de su esclava. ¡Oh! no es posible

leer esta novela sin que se agranden las fuerzas del espíritu para la realizacion de todas las virtudes, y principalmente de aquellas que exigen la abnegacion y el sacrificio. Si á esto añadimos los estudios y curiosos detalles que presenta de la sociedad romana, la habilidad con que une la parte de pura invencion con la histórica, y las noticias arqueológicas que encierra, podrá decirse con razon que Fabiola es en su género uno de los mejores libros del mundo.

Cuando la novela sigue este camino, despues de ser claro espejo de la sociedad en que se escribe, y de enseñar en breves horas lo que la experiencia no enseña sino tras largos años y á costa de crueles decepciones, es dulce soláz del alma, lenitivo en nuestras tribulaciones, y estímulo al bienhechor, y nobilísimo ejercicio de las virtudes.

No, no podía el señor Fernandez anatematizar la Novela de un modo absoluto en la fábula á que nos hemos referido: alude únicamente á la inmoralidad de muchas y á sus tristes y escandalosas consecuencias. En otra fábula en que rinde el justo homenaje de su admiracion al insigne autor del Ingenioso Hidalgo, lo revela claramente, y no debe perderse de vista que la historia literaria de todos los países no presenta un solo escritor que en la Novela pueda colocarse al lado de Cervantes. Como novelista, pues, lo elogia el autor. ¿Lo haria si fuese contrario al género en que escribió? Oigámosle:

Perdon, Cervantes, si mi musa indiestra

Tiene en boca á tu andante caballero,

Y en union del buen Sancho, su escudero,

Lo saco á relucir á la palestra.

No te cause penar ni te dé grima

Si á tu sombra mi ingenio se guarece:

¿Por ventura el coloso no parece

Mas grande si el enano se le arrima?

Perdona, pues, mi antojadizo empeño

De seguirte un instante, aquí, á mi modo,

Que así verá mejor el mundo todo

Cuán grande fuiste tú, yo cuán pequeño.

Y aunque solo hemos citado esta fábula para demostrar la verdadera opinion del autor en punto á la Novela, ya que hablamos de ella y que es una de las mejores del libro, fijémonos en el pensamiento que encierra. Demuéstrase en él que es ageno de la humildad cristiana ocuparse en las honras de la posteridad. El texto, tomado del Apocalipsis, dice así: OPERA ENIM ILLORUM SEQUENTUR ILLOS. Para ello traba un diálogo con Don Quijote su escudero Sancho Panza. con motivo de una de sus desdichadas aventuras, en que, como frecuentemente le acontecia, cayó en tierra aporreado el buen caballero:

—Es posible, señor (así clamaba

Al par que de las greñas se tiraba,)

Que la vida espongais de estas maneras

Inauditas y estrañas;

Y, por vanas quimeras,

Un porrazo lleveis y otro porrazo,

Que este es siempre el laurel de las fazañas

Del valor invencible de ese brazo?»

—«¿Y qué importa morir ¡oh Sancho amigo!

Si una tumba inmortal despues consigo?

Es muy poco una vida; tres y ciento

Daré yo muy contento

Por reposar entonces

En sepulcro de mármoles y bronces.

Continúa el diálogo con la misma naturalidad y do-

naire en que Sancho se burla de las vanidosas aspiraciones de su amo, añadiéndole que es contraria su opinion en la materia, y le dice de este modo:

«Que á decir lo que siento,
Si mi antojo consulto,
Pondré en mi testamento
Que dejen mi cadáver insepulto.»—
—«Eso no, voto al Cid! Como yo entienda....
¿No ves, harto de ajos,
Que tu cuerpo infeliz será merienda
De las fieras, los buitres y los grajos?
—«No osarán; pues, mi dueño Don Quijote,
Me pondrá entre las manos un garrote
Con que pueda auventarlos...»

—«Gran camueso,
¿Te quedaste sin seso?
Cuando muerto ya estés ¿cómo los sientes,
Si te clavan los picos y los dientes?
—«Pues si no he de sentir esos trabajos,
Como todo pelgar que el ojo cierra,
Lo mismo se me da me coman grajos,
Quo me coman gusanos bajo tierra.»
—«Ya te entiendo, follon, con qué rodeo
Te vienes á burlar del MAUSOLEO!»
—«Lo que digo, señor, es que la muerte
Debe hacernos pensar muy de otra suerte.»
—«Oh que estrecho vás, amigo Sancho!
—«Estrecho no, que hasta mi nombre es ancho;
Mas oí esta verdad al señor cura,
Y aquí la encajo aunque parezca dura:
—«¿Cuál?

—«Después de la humana batahola,
El cuerpo quedará en la podredumbre;
Las obras seguirán al alma sola
Hasta que el Sol de eternidad alumbre.»

No hay duda que la máxima con que termina la composicion es rigurosamente cristiana. Ante la Justicia Divina cada uno debe ser juzgado por sus obras: si estas solo han respirado vanidad, orgullo, deseo inmoderado de que su nombre sobreviva á su muerte, y no han existido á su lado ningunas otras que reconcilien al hombre con su Criador. por mas que su fama no perezca con sus cenizas, nada habrá conseguido para su salvacion. Lo mismo le acontecería si sin ese sentimiento vanidoso tampoco le acompañase ninguna accion meritoria. Mas cuando, sin olvidar lo que debe á su Dios y á sus semejantes déjase llevar de esa aspiracion instintiva, irresistible á veces, de la gloria mundana, y se distingue en bien de la humanidad y en honra y lustre de la patria, ora en los combates, ora en las ciencias ó las letras, ó ya en la poesía y las artes, no parece dudoso que ese deseo pueda perjudicarle ante el trono del Altísimo, cuando este precisamente le ha grabado en su corazon para el progreso y gloria de las naciones. Sin él no habria adelantado jamás la civilizacion un solo paso.

Fijemos la vista en los altos genios cristianos. ¿Pensaron en que sus obras ó sus inclitas acciones librarian su nombre del olvido? ¿Trabajaron á la vez que por el bien público tambien por esta causa con mas ardor? No creemos que con la vanidad presuntuosa al par que franca de Horacio, dijese, como él, refiriéndose á la fama póstuma, NON OMNIS MORIAR. Pero los mismos santos, que fueron sábios, poetas, artistas ó guerreros, al distinguirse entre los demás hombres, seguros estamos de ello, no

podrian separar de su alma, voluntaria ó involuntariamente, ese sentimiento, aunque vanidoso inofensivo, de perpetuar su memoria en el mundo, porque nace de la aspiracion ingénita del hombre á lo eterno.

José Fernandez Espino.

X. X. X.

I.

La aurora nace, y á tu puerta llama,
despierta, niña, de azulados ojos:
no aumente tu tardanza los enojos
de un triste pecho que por ti se inflama.

Responde al que te ama
espejo de hermosura,
mitigue la amargura
que róbame la calma,
tus ojos brilladores, luz del alma.

II.

¿Desden le guardas á mi blando acento?
Ingrata á mis palabras, me condena
tu esquivéz insensata, á dura pena,
á eterno olvido, torcedor violento?

Cual fué tu pensamiento
burlar á mis amores
con crudos sinsabores
y falsas alegrías?...

Y eras tú la que amabas?... ¡Ah! mentiras!

III.

Si amarte fué delito, justo sea
la falta espie de mi mal sentido;
mas si empero el silencio solo ha sido
de mofa vil la peregrina idea...

El justo cielo vea
la herida que en mi pecho
tu ingratitud ha hecho;
y al ver tan vil mentira,
me vengue con los rayos de su ira.

José de Arcos y Perez.

EL MISERERE.

LEYENDA RELIGIOSA.

Hacé algunos meses que visitando la célebre abadía de Fitero y ocupándome en revolver algunos volúmenes en su abandonada biblioteca, descubrí en uno de sus rincones dos ó tres cuadernos de música bastante antiguos, cubiertos de polvo y hasta comenzados á roer por los ratones.

Era un *Miserere*.

Yo no sé la música pero le tengo tanta afición, que aun sin entenderla, suelo coger á veces la partitura de una ópera, y me paso las horas muertas hojeando sus paginas, mirando los grupos de notas mas ó menos apiñadas, las rayas, los semicírculos, los triángulos y las especies de etcéteras, que llaman llaves, y todo esto, sin comprender una jota ni sacar maldito el provecho.

Consecuente con mi manía repasé los cuadernos, y lo primero que me llamó la atención fué que aunque en la última página habia esta palabra latina tan vulgar en

todas las obras *finis*, la verdad era que el *Miserere* no estaba terminado, porque la música no alcanzaba sino hasta el décimo versículo.

Esto fué sin duda lo que me llamó la atención primeramente, pero luego que me fijé un poco en las hojas de música, me chocó mas aun el observar que en vez de esas palabras italianas que ponen en todos, como *maestoso*, *allegro*, *ritardando*, *piu vivo*, *a piacere*, habia unos renglones escritos con letra muy menuda, y en aleman, de los cuales algunos servian para advertir cosas tan difíciles de hacer como esto: *Crujen... crujen los huesos, y de sus médulas han de parecer que salen los alaridos; ó esta otra: La cuerda ahulla sin discordar, el metal atruena sin ensordecir; por eso suena todo, y no se confunde nada, y todo es la humanidad que soloza y gime, ó lo mas original de todas sin duda, recomendaba al pié del último versículo: las notas son huesos cubiertos de carne, lumbre inextinguible, los cielos y su armonía. . ¡fuerza!... fuerza y dulzura.*

—¿Sabeis qué es esto? pregunté á un viejecito que me acompañaba, al acabar de medio traducir estos renglones, que parecian frases escritas por un loco.

El anciano me contó entonces la leyenda que voy á referiros.

Hace ya muchos años, en una noche lluviosa y oscura, llegó á la puerta claustral de esta abadía un romero, y pidió un poco de lumbre para secar sus ropas, un pedazo de pan con que satisfacer su hambre, y un albergue cualquiera donde esperar la mañana y proseguir con la luz del sol su camino.

Su modesta colacion, su pobre lecho y su encendido hogar, puso el hermano á quien se hizo esta demanda á la disposicion del caminante, al cual, despues que se hubo repuesto de su cansancio, interrogó acerca del objeto de su romería y del punto á que se encaminaba.

—Yo soy músico, respondió el interpelado; he nacido muy léjos de aquí, y en mi patria gocé un dia de gran renombre. En mi juventud hice de mi arte un arma poderosa de seducción, y encendí con él pasiones que me arrastraron á un crimen. En mi vejez, quiero convertir al bien las facultades que he empleado para el mal, redimiéndome por donde mismo pude condenarme.

Como las enigmáticas palabras del desconocido no pareciesen del todo claras al hermano lego en quien ya comenzaba la curiosidad á despertarse, é instigado por esta continuara en sus preguntas, su interlocutor prosiguió de este modo:

—Lloraba yo en el fondo de mi alma la culpa que habia cometido; mas al intentar pedirle á Dios misericordia, no encontraba palabras para expresar dignamente mi arrepentimiento cuando un dia se fijaron mis ojos por casualidad sobre un libro santo; abrí aquel libro, y en una de sus páginas encontré un gigante grito de contricion verdadera, un salmo de David, el que comienza *Miserere mei Deus!* Desde el instante en que hube leído sus estrofas, mi único pensamiento fué hallar una forma musical tan magnífica, tan sublime, que bastase á contener el grandioso himno de dolor del rey Profeta. Aun no la he encontrado, pero si logro expresar lo que siento en mi

corazon, lo que oigo confusamente en mi cabeza, estoy seguro de hacer un *Miserere*, tal y tan maravilloso, que no hayan oido otro semejante los nacidos; tal y tan desgarrador, que al escuchar el primer acorde los arcángeles, dirán conmigo cubiertos los ojos de lagrimas, y dirigiéndose al Señor: *misericordia!* y el Señor la tendrá de su pobre criatura.

El romero, al llegar á este punto de su narracion, calló por un instante, y despues, exhalando un suspiro, tornó á cojer el hilo de su discurso. El hermano lego, algunos dependientes de la abadía, y dos ó tres pastores de la granja de los frailes, que formaban círculo alrededor del hogar, le escuchaban en profundo silencio.

—Despues, continuó, de recorrer toda Alemania, toda Italia, y la mayor parte de este país clásico para la música religiosa, aun no he oido un *Miserere* en que pueda inspirarme, ni uno, ni uno, y he oido tantos, que puedo decir que los he oido todos.

—Todos, dijo entonces interrumpiéndole uno de los rabadanes: ¿á que no habeis oido aun el *Miserere* de la montaña?

—¡El *Miserere* de la montaña! exclamó el músico con aire de estrañeza: ¿qué *Miserere* es ese?

—¿No dije? murmuró el campesino; y luego prosiguió con una entonacion misteriosa: ese *miserere* que solo oyen por casualidad los que como yo andan dia y noche tras el ganado por entre breñas y peñascales, es toda una historia, una historia muy antigua, pero tan verdadera como al parecer increíble.

Es el caso que en lo mas fragoso de esas cordileras de montañas que limitan el horizonte del valle, en el fondo del cual se halla la abadía, hubo hace muchos años ¡qué digo muchos años! muchos siglos, un monasterio famoso, cuyo monasterio, á lo que parece, edificó á sus espensas un señor con los bienes que habia de legarle á su hijo, al cual desheredó al morir, en pena de sus maldades.

Hasta aquí, todo fué bueno; pero es el caso, que este hijo, que por lo que se verá mas adelante, debió ser la piel del diablo, si no era el mismo diablo en persona, sabedor de que sus bienes estaban en poder de los religiosos, y de que su castillo se habia trasformado en iglesia, reunió á unos cuantos bandoleros, camaradas suyos en la vida de perdicion que emprendiera al abandonar la casa de sus padres, y una noche de Jueves Santo, en que los monjes se hallaban en el coro, y en el punto y hora en que iban á comenzar, ó habian comenzado el *Miserere*, pusieron fuego al monasterio, entraron á saco la iglesia, y á este quiero, á aquel nó, se dice que no dejaron fraile á vida.

Despues de esta atrocidad, se marcharon los bandidos y su instigador con ellos, á donde no se sabe, á los profundos tal vez.

Las llamas redujeron el monasterio á escombros; de la iglesia aun quedan en pié las ruinas sobre el cóncavo peñon, forma el riachuelo que viene á bañar los muros de esta abadía.

—Pero, interrumpió impaciente el músico, ¿y el *Miserere*?

—Aguardaos, continuó con gran sorna el rabadan, que todo irá por partes. Dicho lo cual, siguió así su historia:

Las gentes de los contornos se escandalizaron del crimen; de padres á hijos y de hijos á nietos se refirió con horror en largas noches de velada; pero lo que mantiene mas viva su memoria, es que todos los años, tal noche como en la que se consumó, se ven brillar luces á través de las rotas ventanas de la iglesia y se oyen como una especie de música extraña y unos cantos lúgubres y aterradoros que se perciben é intervalos en las ráfagas del aire.

Son los monjes, los cuales, muertos tal vez sin hallarse preparados para presentarse en el tribunal de Dios limpios de toda culpa, vienen aun del purgatorio á impetrar su misericordia cantando el *Miserere*.

Los circustantes se miraron unos á otros con muestras de incredulidad: solo el romero, que parecia vivamente preocupado con la narracion de la historia, preguntó con ansiedad al que la habia referido:

—¿Y decís que ese portento se repite aun?

—Dentro de tres horas comenzará sin falta alguna, porque precisamente esta noche es la de Jueves Santo, y acaban de dar las ocho en el reloj de la abadía.

—¿A qué distancia se encuentra el monasterio?

—A una legua y media escasa... pero ¿qué haceis? ¿A dónde vais con una noche como esta? ¡Estais dejado de la mano de Dios! exclamaron todos al ver que el romero, levantándose de su escaño y tomando el bordon, abandonaba el hogar para dirigirse á la puerta.

—¿A dónde voy? A oír esa maravillosa música, á oír el grande, el verdadero *Miserere*, el *Miserere* de los que vuelven al mundo despues de muertos, y saben lo que es morir en el pecado. Y esto diciendo, desapareció de la vista del espantado lego y de los no menos atónitos pastores.

El viento zumbaba y hacia crujir las puertas, como si una mano poderosa pugnase por arrancarlas de sus quicios; la lluvia caía en turbiones, azotando los vidrios de las ventanas, y de cuando en cuando la luz de un relámpago iluminaba por un instante todo el horizonte que desde ellas se descubria.

Pasado el primer momento de estupor,

—¡Está loco! exclamó el lego.

—¡Está loco! repitieron los pastores, y atizaron de nuevo la lumbre, y se agruparon alrededor del hogar.

Gustavo A. Becquer.

EN LA SOLEMNE INAUGURACION

DE LA BIBLIOTECA

DE ESCRITORES GRANADINOS.

No hay voz bastante al sentimiento humano:

no hay corazon que en su decir ansioso

pueda espresar el goce sobrehumano

de un acto tan sublime y portentoso.

El acento inmortal y soberano

del gran Quintana, en su decir glorioso

no pudiera espresar con armonía

todo el contento de la patria mia.

—

La ciudad de los mirtos y laureles:

la del cielo mas puro y refulgente:

la de los rojos campos de claveles
y un sol divino que ilumina ardiente:
la de los trovadores y donceles
de blondos rizos y elevada frente,
añadirá á los tímbrs de la historia
divinos lauros de su inmensa gloria.

¡Digno Gobernador de mi Granada!...
tú vienes á sacar de su descuido
esta ciudad divina y celebrada
del arte emporio, de las ciencias nido.
Tú has hecho levantar la losa helada
del génio ilustre, al parecer dormido,
y has dicho al mundo con tu mente inquieta
que nunca muere el sábio, ni el poeta.

Hoy se elevan las glorias y oblacones
al gran Mendoza, al inmortal Salcedo,
y Herrera, y á Fray Luis, Miranda, Arcone,
y otros que enumerar ahora no puedo.
Hoy miramos alzarse esos varones
sin que sus sombras nos inspiren miedo;
por que son tan gloriosas y brillantes
como claras estrellas rutilantes.

¡Cuál late el corazon en su alegría!...
¡Cómo el pecho entre néctares se baña
al ver aquí torrentes de poesía
para llenar los ámbitos de España!
¿Quién no llora de gozo, patria mia,
y le quiere contar á gente extraña
que esta ciudad de eterno valimiento
hoy levanta á sus letras monumento?

—
¡Nobles señores que os hallais reunidos!
¡Pastor ilustre de la Iglesia Santa!
Hombres, entre los hombres distinguidos
por ciencia, erudicion y gloria tanta;
pues que fuisteis aquí los elegidos
para una empresa que por grande espanta,
decirle al que dudase de esta obra
que para hacerlo corazon os sobra.

Rogelia Leon.

MESA REVUELTA.

El crítico musical del "Comercio" Sr. R., en su revista del día 21, pretende desvanecer las censuras que, con sobrado motivo, el *Sancho* le dirigió en su último número; y despues de despacharse á su gusto y convencerse a sí propio, dá por concluida la cuestion; nosotros, que vemos las cosas bajo otro punto de vista, creemos que ahora es cuando debe tratarse de ella seriamente; pero antes de descender á ciertos detalles, que-remos hacer algunas observaciones muy oportunas y que arrojarán mas claridad sobre este asunto.

Ha sido para nosotros objeto de largas cavilaciones la razon que pueda asistir al señor R. para no nombrar ni por incidencia al *Sancho* en toda su larga y petulante réplica; y al fin no hemos sacado nada en claro, pues no nos atrevemos á creer que dicho señor mire con des-

den una publicacion en cuya lista de colaboradores se encuentran los nombres de muchas personas distinguidas, asi en las artes como en las letras. Por poca que sea la modestia del señor R. no se desdenaria de poner su nombre al lado de tantos otros que gozan de una justa reputacion en el mundo literario.

Nosotros para darle ejemplo de amabilidad y condescendencia, vamos á poner en claro ciertos rasgos de su talento como escritor, de tal manera, que acerca de él no quede duda alguna en el ánimo de nuestros lectores.

Una cuestion grave se presenta á nuestra vista, á saber: ¿puede considerarse como critico musical al señor R. á juzgar por sus artículos? Nó, en modo alguno, pues á cada paso nos dá pruebas de su insuficiencia y de la poca profundidad de sus conocimientos respecto á música: Vamos á probarlo.

En su última revista hace un cargo al señor Bonnetti porque *lleva el andante de la cavatina de soprano «Tacea la notte placida» con un aire tan precipitado que mas bien parece un alegretto: siendo asi que tiene marcado en la partitura, segun el metrónomo de Maelzel 50 para la semínima.* ¿Y ya que tan aficionado es el señor R. á consultar las partituras, por qué no ha visto que ese andante está escrito en seis por ocho y que por lo tanto el metrónomo no puede marcar 50 por (1) semínima? ¿será que tal vez exista esa equivocacion en la partitura que ha buscado el señor R., y habiéndola copiado al pié de la letra haya incurrido en ese grave error musical? Además, ¿no sabe el crítico del Comercio que á los cantantes no se les puede juzgar con el metrónomo en la mano, porque así como los artistas dramáticos interpretan de distinto modo tal ó cual escena de una misma obra, los artistas líricos segun sus medios vocales y la manera con que conciben el efecto de una misma pieza musical, avivan ó detienen algo el tiempo marcado: licencia que se perdona en gracia del buen efecto conseguido y que contribuye las mas de las veces al mejor éxito de las representaciones? Dos ejemplos de ello hemos visto en la ejecucion del *Trovador*; el primero en la cavatina en cuestion que adquiere nueva vida cantada de esa manera por la señora Penco; el segundo, en el dúo de baritono y tiple del cuarto acto interpretado admirablemente y con toda la verdad dramática que requiere la situacion. ¿Y despues de oir una pieza cantada con tan notable efecto, se le podrá ocurrir á nadie el preguntar qué número es el que marca el metrónomo?

En la misma revista, al hablar del señor Nicolini, dice: *que cada dia gusta mas al público por la belleza del timbre de su voz, vocalizacion perfecta; maneras propias y modulacion.* Poco debe entender en materia de canto el señor R. cuando se atreve á hablar de la *vocalizacion perfecta* del señor Nicolini, cualidad de que carece, y que ni aun sus mas ardientes admiradores han podido encontrar en él. Pero no solamente ha encontrado en el señor Nicolini esta cualidad que le falta, sino que además nos habla de otra que no sabemos tenga ningun cantante: *la modulacion!* ¿Cuál será la modulacion del señor Nicolini? ¿será que este cantante en vez de dedicarse á cultivar las dotes con que ha adornado la naturaleza su órgano, ha escrito un tratado de modulacion? ¿Será...

(1) Por y no para. ¡Señor R.; gramática!

pero quién sabe lo que entenderá por modulacion el señor R?

Por lo demás, parece que es cualidad especial del talento de este escritor el trastornar la significacion de todas las palabras, de tal modo, que, las mas de las veces, apesar de que, siguiendo su ejemplo, recurrimos tambien nosotros á la *partitura* y el *metrónomo* (de Maelzel) no podemos encontrar las piezas de que nos habla el parabolico critico.

Solo á la creadora imaginacion del crítico del Comercio puede ocurrírsele llamar *cancion* á el brindis de la *Traviata*, dúo á el ária de baritono del *Hernani*, *romanza* á la balada de contralto de *Maria di Rohan* y *escena* á la romanza del segundo acto de dicha ópera *«alma soave é cara»* una de las mas bellas de Donizetti y que indudablemente habrá pasado desapercibida para el señor R.

Pero ¿quién osará detener la impetuosa carrera de este revolucionario del tecnicismo musical? En otro párrafo de la citada critica de *Maria di Rohan*, dice que la orquesta *sostiene* una triste melodia en dó menor; *¿la desarrolla ó la sostiene?* ¿en qué quedamos, señor R? nosotros sabiamos que una melodia puede ser *desarrollada* pero no *sostenida*.

Y cuenta que al hacer esta recopilacion de los primeros criticos del señor R., solo hemos tenido presentes sus dos últimas revistas. Figúrense nuestros lectores cuánto hubiéramos podido hablar si repasáramos todas las que lleva escritas. Por la muestra se saca el paño.

Con lo que llevamos dicho basta para llenar nuestro propósito de hacer ver á nuestros lectores, los puntos que calza como critico musical el señor R. ¿Qué extraño es en vista de lo espuesto, que el señor R. haya tenido la temeridad de esforzarse en demostrar que la señora Penco *decae* en la ejecucion del último acto de la *Traviata*, por un *obstáculo* de su naturaleza, y lleve su audacia hasta el extremo de querer hacer cómplice de sus aberraciones al eminente y profundo critico francés Mr. Scudo, á quien cita en su última revista?

No conocemos el artículo de Scudo citado por el señor R.; pero, á juzgar por las últimas líneas del párrafo que el señor R. transcribe, parécenos que la opinion del ilustre critico francés es diametralmente opuesta á la del folletinista gaditano.

Y no podia ser de otro modo: Mr. Scudo posee una elegante pluma y un talento de primer orden. El señor R. escribe sus revistas con el metrónomo al frente, y esto solo no es suficiente para hacer apreciaciones musicales.

Scudo podrá desear que las condiciones físicas del cantante se hallen en armonia con el papel que representa; pero ni Scudo que es un escritor de talento, ni nadie puede decir que una artista *decae* en la ejecucion de una ópera por estar mas ó menos gruesa. Esto solo se le ha ocurrido hasta ahora al señor R. que lleva su propósito hasta afirmar que por esa razon la señora Penco no merece ser aplaudida en el último acto de la *Traviata*. Semejante absurdo no puede ser refutado en serio; y el señor R. al escudarse con la autoridad de Scudo, ha tomado como se dice vulgarmente, el rábano por las hojas.

Nosotros hemos aplaudido á la señora Penco en el cuarto acto de la *Traviata*, especialmente en el final, y con

nosotros la ha aplaudido el público, no *por cortesía*, sino con justicia; por mas que el señor R. pretenda que la muerte de Violeta ha de ser lenta y graduada y no súbita, como propiamente la ejecuta la señora Penco. En primer lugar, la muerte de un tísico tanto puede ser lenta como súbita, pues ocurren frecuentes casos de esto: en segundo, que la señora Penco teniendo en cuenta las condiciones del libreto, y especialmente la clase de música que tiene que espresar en aquellos supremos momentos, no podría interpretar ciertos arranques, si ejecutase ese final como se le ha ocurrido al señor R.: antes por el contrario, tiene que morir súbitamente para no desnaturalizar aquel pasaje musical. En fin, esto no merece que nos detengamos en refutarlo: es muy claro y está al alcance de cualquiera: así como el señor R. encuentra *dichosos* á aquellos que tales cosas ven, nosotros compadecemos como la Escritura, á aquellos que tienen ojos y no ven, y tienen oídos y no oyen.

Para concluir, pues, estas observaciones que se van estendiendo algo mas de lo que nos propusimos, bueno es dejar consignado como prueba de la imparcialidad del señor R. que hasta los éxitos de las representaciones están sometidos á su juicio, pues al ocuparse de la última representación de la *Norma* se deja decir con la mayor candidéz que *cree* que no obtuvo tan buen éxito como en la primera representación.

No sabemos si el estar llenas todas las localidades y escucharse numerosos aplausos en todos los actos de la *Norma*, es ó no es un buen éxito.

Todavía podríamos prolongar estas líneas, consignando los tesoros de estilo y locucion que el señor R. exclusivamente posee: abandonamos este precioso trabajo á los que gusten pasar su vista por las reseñas de tan severo crítico; y ellos podrán decir con qué derecho el señor R. severo censor de Victor Hugo, quiere tomar plaza en la crítica musical. Nosotros, mas modestos que el señor R. y que sabemos que un crítico no se improvisa, y que de nada sirve para dar un fallo, el tener delante de nosotros la partitura y el metrónomo: nosotros, repetimos, consultamos nuestras opiniones con entendidas personas que han consumido su vida en estudios del divino arte, y sometemos nuestros juicios, antes de darlo á luz, á su capacidad y suficiencia.

Convénzase el señor R.: para censurar y hacer objeto de chanza las obras de Victor Hugo y Dumas; para apreciar críticamente á cantantes como la señora Penco y profesores como el señor Bonetti, no basta audacia, se necesita ciencia. El gran poeta Lamartine dice, que una de las cosas que hay que aprender en el mundo es á admirar; pero al señor R. le ha parecido difícil este estudio, y para hacerlo ver mas claro deja que todos los grandes literatos europeos, admiren á Victor Hugo, y él se encarga de la dulce mision de ser una nota discordante en ese concierto. Acéptela ó no, queremos concluir haciendo al señor R. una advertencia: en el santuario del genio se entra con el sombrero en la mano.

M. G. de M.

Suplicamos á la empresa del Teatro Principal, á nombre de varios abonados y asistentes á la ópera, se sirva disponer empiecen las funciones á las ocho en punto de la noche; por que lo adelantado de la estación, hace que se concluyan las representaciones á una hora bastante avanzada.

La última representación de la «Norma» fué una verdadera solemnidad musical. Todas las locali-

dades estaban ocupadas, y para darle colocacion al número público que asistió, hubo que aumentar el número de localidades poniendo sillas en el patio. La señora Penco fué objeto de una entusiasta ovacion, habiendo sido llamada al palco escénico, tres veces despues de terminada la *Casta Diva*, cantada de una manera tan notable por la ilustre artista, que bastaria por sí sola para hacer la reputacion de cualquier cantante. Tambien fué llamada la señora Penco al final del segundo acto, así como despues del duo de triples y dos veces mas al terminar la representación. Sin embargo, hay quien dice que el entusiasmo no fué cosa mayor.

Un crítico musical de Madrid, ha recibido la siguiente despedida del tenor Mongini.

Se tu conosci in un sonetto solo
quanta sia d'un poeta la bravura,
anch'io connobbi immensamente á volo
che d'asino ti meriti la montura,
per l'articol di fondo originale
ch'ai misso per piccarme sul giornale.

P. Mongini.

¡Chúpate esa!

¡Viva el rumbo!—Puesto que los periódicos han dado en atraer á los suscritores, ofreciéndoles continuos regalitos, y esto se ha hecho de moda, bueno será anunciar la publicacion de un periódico, que podemos apellidar el Leviatan de la prensa, y el monarca de los periódicos regaladores, pues se presentará bajo las siguientes bases:

Art. 1.º EL MANI-ROTO, (pues tal es su título), será de 10 piés de ancho y 15 de largo, letra menuda, grabados de á vara y cnarta; saldrá 5 veces al dia, y costará solamente 14 céntimos al año, llevado á domicilio, aunque el suscriptor habite en los antípodas.

Art. 2.º Todo suscriptor será obsequiado con una finca rústica ó urbana, á su eleccion, en el acto de suscribirse.

Art. 3.º La empresa del *Mani-rotto* redimirá de las quintas, no solo á sus suscritores, sino á los hijos, hermanos, sobrinos, parientes, amigos y conocidos de estos.

Art. 4.º En el caso inverosímil de caer un suscriptor enfermo, se le darán 5.000 duros en el acto de presentar la certificacion del facultativo. Además, todos los dias recibirá una olla de campaña llena de caldo de pavos reales.

Art. 5.º Cuando un suscriptor se case, tenga prole, ó consiga un destino, la empresa de este periódico pagará los gastos de vicaría, el bautismo y la música.

Art. 6.º Todo suscriptor tendrá carretela los domingos y palcos en el teatro, abonandolo la empresa. Si en los entreactos quisiere refrescar, ó tomar cosa mas sólida, tambien la empresa lo pagara, y luego...

En vista de tales bases y tamaño rumbo, ¿á dónde iremos los demás periódicos? Dios tenga misericordia de nosotros.

Solucion á la charada del número anterior:

AMOR.

EDITOR RESPONSABLE:

DON JOSÉ MARÍA RUIZ.

CADIZ 1864.

Ilustracion Gaditana, San Miguel, 18.